

# El criollo, el criollismo, la criollada. Un ensayo acerca de los aspectos positivos y negativos de la mentalidad criolla

**Ramón León**

Universidad Ricardo Palma  
ramon.leon@urp.edu.pe  
rld310850@yahoo.com.mx  
Lima - Perú



## Resumen

Tres términos de mucho uso en el Perú, criollo, criollismo y criollada, son examinados en este ensayo. Los tres nos refieren a la mentalidad criolla, muy difundida en el Perú, especialmente en la región de la costa. El autor señala aspectos positivos y negativos de ella, y comenta el obstáculo que representan las características negativas para el desarrollo social del Perú.

**Palabras clave:** Mentalidad criolla, Perú, criollismo, desarrollo social, ética

## Abstract

*Three widely used terms in Peru, criollo, criollismo and criollada, are examined in this article. All three terms refer to the criollo mentality, which is widespread in Peru, especially in the coastal region. The author points out positive and negative aspects of it, and comments on the obstacle that the negative characteristics represent for the social development of Peru.*

**Keywords:** *Criolla mentality, Peru, criollismo, social development, ethics.*

Durante los siglos XVI y XVII —la época áurea del gran virreinato del Perú— la mítica Ciudad de los Reyes, que inicialmente fuera aldea de caña y barro, adquiere su particular fisonomía y alimenta su leyenda. Desde fines del siglo de la conquista, el espíritu criollo impone su anhelo fastuoso a la primitiva sencillez de los primeros pobladores, anunciando así el nacimiento de la ciudad barroca: el plano cuadrículado de las calles es compensado con el ornamento exterior de casas y palacios, sin olvidar esos campanarios y cúpulas que, como recuerda Raúl Porras Barrenechea, conferían a la ciudad desde la distancia “esa gracia musulmana que ha de sorprender a los viajeros (Valero, 2003, p. 27).

La sociedad del siglo XXI se distingue por el *anonimato*, la *automatización* y la *ambición*. El mundo moderno es el de esas tres grandes A.

Metrópolis que reflejan la dinámica social y la vida en este siglo son escenarios en los que nacen, viven, trabajan y mueren “*muchedumbres solitarias*”, para emplear el término creado por David Riesman (1964): New York, con dieciocho millones de habitantes, São



Paulo con doce, Tokio con treinta y cinco, México DF con veintiuno, Estambul con quince.

Se trata de ciudades en las que impera el *anonimato*, en las que nadie conoce a nadie y en las que la idea del prójimo se ve apabullada por la del competidor. Competidor por servicios cada vez más escasos, por áreas habitables (cuyo metraje es cada vez más reducido), por bienes materiales y bienes culturales.

Al anonimato se une la *automatización*: los procesos se aceleran como única forma de satisfacer una demanda insaciable. Los cajeros automáticos son presencias familiares en urbes y hasta en pequeñas comunidades; las llamadas telefónicas son respondidas por contestadoras automáticas. La automatización ya se instaló en los centros de producción, a través de la robotización, y sigue avanzando en dirección a nuestra vida privada, como lo demuestran las así llamadas “viviendas inteligentes”.

Por último, el siglo XXI es el escenario del despliegue impresionante de *ambiciones*. Ambiciones de todo tipo: la “*big science*” es una de ellas; la carrera atómica de países como Irán o Corea del Norte, es otra. China ensaya músculos en el nivel industrial, político y militar. La humillada Rusia de fines del siglo XX vuelve por sus fueros. La Unión Europea es un proyecto ambicioso, los acuerdos de libre comercio también. La globalización, igualmente. La superación de nuevas marcas olímpicas y *records* mundiales, el desarrollo de nuevas, más rápidas y más efectivas formas de diagnóstico y tratamiento médicos, asimismo. Detrás de todo esto está la ambición, disfrazada bajo el ropaje de un término agradable: competitividad.

Pero un mundo así, que en el lado negativo genera incertidumbre (¿qué pasará si Corea del Norte realmente desarrolla un misil que alcance las costas de Estados Unidos? ¿qué pasará si la carencia de agua termina por hacer casi imposible la vida en una ciudad como São Paulo? ¿resistirá un rascacielos de 30 pisos un sismo de 10 grados de magnitud?), y hace que vivamos en una sociedad de riesgo, como la denominara acertadamente el fallecido Ulrich Beck (2006), en el lado positivo ofrece un nivel de confort, de posibilidades de desarrollo y de estímulo de la creatividad como nunca antes la humanidad había experimentado (Ciocca 2000).

Se trata de un mundo que, por el anonimato y por la competitividad, por las posibilidades que abre al ser humano así como por las exigencias que también le

plantea, demanda certidumbre. O, como lo denominan otros con un lenguaje más familiar: confianza.

Son millones las transacciones comerciales que se llevan a cabo por medio de *internet*. Compradores y vendedores nunca llegan a conocerse, pero están en estrecha interacción. Los pilotos que hacen aterrizar sus aviones en medio de la más densa niebla confían en la información de sus aparatos y en la que les ofrecen los operadores de la torre de control de los aeropuertos.

La confianza es, no cabe duda, una de las virtudes más valoradas en el mundo moderno (Fukuyama 1998, Peyrefitte 1996): la confianza en la información proveniente de expertos; la confianza en los datos que ofrece el investigador en el artículo o reporte de investigación que estamos leyendo precisamente ahora; la confianza en las buenas prácticas deportivas; la confianza en la información que se incluye en productos alimenticios envasados.

Cuando hablamos de la confianza, ingresamos a otra dimensión de la vida y la conducta humanas que ha cobrado gran importancia en la última década: la dimensión ética.

No podemos entrar acá en una discusión acerca de lo que es la ética, sobre la cual hay una extensa literatura (Ferrater Mora & Cohn 1981, Cortina 2015, Rivero Weber 2015, Patrão Neves 2016, Berti 2016). Sí podemos decir, empero, que el mundo moderno plantea problemas inéditos que exigen respuestas por parte de *una ética del mundo de hoy*: la clonación, el trasplante de órganos, la eutanasia, la prolongación de la vida, la contaminación ambiental son solo algunos de esos desafíos (Russ & Leguil 2015). Como consecuencias de esto han aparecido nuevas ramas de la ética, como la bioética (Courban, 2006, Rubín de Celis Massa, 2021), así como nuevos enfoques éticos (Grenier, 2017)

### ¿Cómo van las cosas en el Perú en materia de ética y de confianza?

No creemos equivocarnos si decimos que *mal*, o, para emplear un término muy nuestro, *de mal en peor*: todos los que ocuparon el poder desde el 2000 se encuentran involucrados en casos de corrupción. Varios ex presidentes regionales están investigados, detenidos o condenados por robo o peculado; muchos ex alcaldes también. Por si todo esto fuera poco, la percepción de la corrupción en el Perú se ha elevado.

«Esa atmósfera de pesimismo, de escepticismo con respecto al futuro del Perú como una sociedad civilizada, queda expresada en la siguiente afirmación de un joven escritor peruano.»

Sin duda alguna, algo anda muy mal en el Perú. Casi cada semana trae un nuevo escándalo que indigna a la población, o la noticia de un delito que por su naturaleza, siembra la alarma de todos. Todo esto tiene tal magnitud que es imposible abordarlo en un solo trabajo y empleando el arsenal conceptual y metodológico de una sola ciencia social.

La imagen negativa del Perú (expresada por ejemplo a través de la frase “Perú, país de violadores”) y de los peruanos por parte de nosotros mismos, lleva al desaliento, a la pregunta de por qué el desarrollo económico relativo alcanzado por el país en los últimos años no nos ha llevado a nuevas formas de pensar y actuar de nosotros como pueblo, y, por último, a la indagación de qué está detrás de tantas inconductas, delitos y crímenes que conmueven a la opinión pública.

Esa atmósfera de pesimismo, de escepticismo con respecto al futuro del Perú como una sociedad civilizada, queda expresada en la siguiente afirmación de un joven escritor peruano (Cisneros, 2017, p. 18):

En los casi 200 agitados años que lleva el Perú como república, lo único constante ha sido la discordia. Monárquicos versus republicanos, liberales versus conservadores, civiles versus militares y, más recientemente, derechistas versus izquierdistas en todos sus matices; controversias que además han tenido que convivir con permanentes rebeliones, levantamientos, pugnas sociales, golpes de estado, derrocamientos, guerras internas, luchas populares, y escaramuzas varias. No es disparatado sospechar por eso que lo que verdaderamente consustancial a nuestra identidad sea el desacuerdo más que la unión

En el presente trabajo queremos referirnos a un aspecto de la imagen negativa del Perú: la mentalidad criolla.

## Lo criollo, el criollismo y la criollada

Las palabras tienen su historia. Si bien la etimología nos ofrece certificada y valiosa información sobre el origen de ellas, no cabe duda que lo que nos informa no basta para entender muchos términos que han tenido una historia no siempre feliz: ¿cuándo es que el término *raza* adquirió la connotación sangrienta que hoy tiene? ¿Cuándo es que se decidió abandonar el término *clase social* y remplazarlo por el inofensivo de *nivel socioeconómico*? ¿por qué es que la palabra *fémmina* se puede encontrar en partes policiales, pero ningún sociólogo la emplea? Sobre eso y mucho más la etimología tiene poco que decirnos.

Un aspecto de las palabras es el referido a los múltiples sentidos que han tenido o tienen. El significado de esos sentidos hay que buscarlo precisamente en su historia: ¿cuándo, una vez más, es que el término *injerto* (hijo de padre o madre peruanos casado con una persona china?) dejó de tener vigencia y presencia en el habla popular peruana? Que el término *borrado*, aplicado a quien estaba picado de viruela, tenía sus días contados a partir de la erradicación de esa enfermedad en el Perú, se entiende por lo demás sin mayores problemas (Quiros, 1996).

Acá nos interesa tratar de tres palabras: *criollo*, *criollismo* y *criollada*.

Los términos *criollo*, *criollismo* y *criollada* son polisémicos; tienen varias connotaciones. El primero y el segundo se pueden emplear de diversas formas, positivas unas negativas las otras, según la conducta, situación y contexto. El tercero, *criollada*, que alguna vez (nadie sabe cuándo ni dónde) fue palabra de estreno en el lenguaje del peruano, tiene siempre una connotación negativa. Los tres, sin embargo, aluden a lo que denominaríamos *la mentalidad criolla*.

Todos los peruanos consideramos a nuestra comida, y en particular a la comida criolla como algo positivo, entretanto casi definitorio de nuestra identidad nacional. Tanto así que, cuando llega un turista ritualmente le preguntamos si ha probado un cebiche o unas papas a la huancaína y, por supuesto, esperamos que se deshaga en alabanzas en torna a ellas. Tanto así que, cuando un joven escritor se permitió opinar de modo poco favorable acerca de la comida peruana, poco faltó para que la opinión pública lo crucificara.

Tiene un día dedicado a él, es “patrimonio cultural” y si todo eso no fuera ya bastante, es el protagonista de una sorda “guerra” entre peruanos y chilenos, como



también lo ha sido el *suspiro a la limeña*. *Mistura*, el evento gastronómico más importante de los últimos años, rinde culto a la comida criolla.

Nadie duda que la comida y lo que se come son aspectos de toda cultura que no pueden dejarse de lado. Hoy se habla de una antropología nutricional (Romo & Castillo, 2002), y nada menos que Claude Lévi-Strauss (1968) ha dedicado un trabajo a la comida.

Por ello, la comida criolla es una expresión de la *mentalidad criolla*: aún hoy, el éxito y significación de una reunión social (matrimonio, bautizo, cumpleaños, aniversario de bodas o celebración institucional, aun velorios) en el Perú se evalúan por la cantidad y la calidad (en ese orden, por cierto) de lo comido y lo bebido. Explicable: en una sociedad en la cual la anemia aún acecha a muchos peruanos, en una sociedad en la que la alimentación de muchos no alcanza a cubrir, ni en su contenido ni en su variedad, la cantidad de calorías que se considera necesaria para la vida diaria, y en que el consumo de carne de vacuno es muy bajo en comparación con países como Chile o Argentina, no debe sorprender que la comida tenga el valor que tiene entre nosotros y que, como se dice en el argot criollo, “nadie se quiera perder una buena ocasión de comer”.

Dejando de lado las comidas y los tragos, ciertas festividades son irrenunciables para el *criollismo*, es decir *lo criollo* las define y es también definido por ellas: la procesión del Señor de los Milagros, las corridas de toros de Acho, el Festival de la Marinera.

En torno al Señor de los Milagros encontramos una serie de acontecimientos de mucho significado para los limeños y para los criollos: la procesión, hecho central, multitudinario, que tiñe la ciudad de morado, un color que en Lima ha quedado irremisiblemente vinculado a esa festividad; las zahumadoras (de raza negra o mestizas) y las cantoras, que “acompañan” a las andas con sus cantos e inundan el entorno con el aroma del incienso; las hermandades de cargadores, en las que las clases sociales y las diferencias raciales entran en receso; los homenajes en Palacio de Gobierno, la Municipalidad de Lima, y otros locales, en los que las autoridades cargan de modo simbólico las andas, se hacen llegar arreglos flores y se entonan canciones criollas. Y, no lo olvidemos, el recorrido por zonas criollas: ¿no son acaso los Barrios Altos uno de los últimos bastiones del criollismo limeño? ¿no se puede decir lo mismo del distrito de La Victoria? Agreguemos a todo lo anterior las vivanderas y por supuesto el infaltable *turrón de Doña Pepa*.



**Figura 1.** El *pisco sour*, típicamente criollo, es considerado el trago peruano por excelencia. (Fuente: <https://www.bbcgoodfood.com/recipes/pisco-sour>).

Inimaginable la ausencia de una fiesta como la del Señor de los Milagros, respetada aun por la jerarquía de la Iglesia Católica, siempre distante con respecto a otras expresiones de la religiosidad popular. Es por ello que la aparición de *En octubre no hay milagros*, de Oswaldo Reynoso, allá por 1963 (Reynoso, 1963), provocó todo un escándalo en su momento. En esa obra, de un realismo muy poco digerible para la Lima pacata de aquellos años, el autor utiliza la procesión como telón de fondo para describir escenas sórdidas, escondidos vínculos homosexuales, graves disturbios sociales, con un lenguaje que refleja el habla popular de aquel entonces.

De otro lado, recordemos que el 31 de octubre se celebra el Día de la Canción Criolla por decreto del 18 de octubre de 1944 durante el primer gobierno de Manuel Prado y Ugarteche, si bien es verdad que cada vez tiene menos cultores. Sin embargo, en los últimos años se lo celebra de manera especial a fin de contrastarlo con una fiesta extraña e importada, como es el Halloween.

Cáceres Álvarez, describe un día cercano al de la celebración de la canción criolla en el año 2014 ambientándolo en La Catedral del Criollismo, en Breña:

Niños juegan. Perros ladran. Buses de servicio público se estacionan frente a viejas casas, fábricas y edificios multifamiliares de las últimas cuerdas de un antiguo jirón. La Catedral del Criollismo es una esquina, un rincón de tradiciones en el laberinto de calles o barrios que representa Breña en Lima. Aquí no hay nada muerto ni nada obsoleto. Desde el momento en que un cantor de sesenta, setenta u ochenta años remueve los sentimientos más profundos del ser, está

completamente vivo. Este universo está envuelto en una mística, aprendida desde la cuna en ocasiones, a veces difícil de entender, pero no imposible para alguien de afuera. Fanáticos de poetas y cantores anónimos son pocos y se conocen mucho. Cualquiera pesar les divierte. Hay días de jarana, de sana alegría. Y otros de prolongada melancolía. Llama la atención al ser uno de los pocos lugares donde se cultiva aquel estilo de vida como se hacía muchos años atrás; es decir, en estado puro. En La Catedral —para los amigos— está la tercera edad con tierna y áspera voz. Los jóvenes aprenden con respeto y los músicos profesionales acuden para beber de la verdadera fuente de inspiración. Bajo la dirección del dueño de casa, viejos amigos logran reunirse todos los viernes del año a partir de las cinco de la tarde, durante tres horas, para adorar canciones inéditas del criollismo con vibras de guitarras, rugidos de cajones y pícaros piscos alrededor de fotografías, libros, discos y posters de su época dorada. ¿Una lucha contra el olvido cada semana? “Una lucha a favor del aprendizaje”, responden sus asiduos concurrentes. Es miércoles 5 de noviembre del año 2014. Décimo aniversario de La Catedral del Criollismo. Un hito en su historia. Esta semana se jaranea dos veces. No importa. Son parte de la costumbre la antevíspera, la víspera, el santo, la joroba, la corcova, el respingute y el anda y vete. Son los días que celebra un criollo. Las puertas se abren para recibir con risas, misterios y alcohol a fieles y puntuales parroquianos que llegan en horario santo. Todo sea para recopilar, guardar y disfrutar repertorios musicales recónditos del sentir popular (2017, pp. 15-16).

Una atmósfera de relajado, de camaradería y de espíritu grupal, queda reflejada en el párrafo anterior. Muchos peruanos concordarán en que eso es propio de una reunión criolla. Podríamos abundar en más detalles, pero creemos que el ejemplo propuesto basta.

Lo cierto es que la mentalidad criolla ha sido reconocida como un elemento integrante de nuestra identidad nacional, se entienda por identidad nacional lo que se quiera entender. Eso explica que a pesar de las severas, por momentos muy ácidas críticas a ella, como las expresadas por Felipe Pardo y Aliaga (por ejemplo, con *Un viaje*), y sobre todo Manuel González Prada, también haya quienes la han visto con ojos benevolentes y hasta risueños: tal el caso de Ricardo Palma. No podemos dejar de mencionar a Miguel Ascencio Segura, autor de algunas de las obras teatrales en la que los personajes paradigmáticos de la mentalidad criolla peruana han quedado plasmados. Aun José Carlos Mariátegui hace referencia al criollismo en sus famosos *Siete ensayos* (1926).

Por eso, los términos criollo y criollismo están asociados en líneas generales a cosas positivas. Afirmar de un anfitrión que es un buen criollo es sinónimo de recibimientos cálidos, atenciones repetidas con cierto toque barroco, respeto a las mujeres y a los mayores, actitud de concesiones hacia los niños, y búsqueda de que todos los invitados se sientan “como en su casa”; todo esto con abundancia de buena comida y bebida.

Pero cuando hablamos de *criollada* nos referimos a algo negativo. Una estafa es una criollada, una leguleyada también: “*sacarle la vuelta al otro*”, “*sorprenderlo*”, “*darle gato por liebre*”, son términos muy negativos y nuestros para definir una *criollada* que, en esencia es una conducta que atenta contra normas éticas y que en muchos casos llega a ser un delito.

### La mentalidad criolla

Hablamos acá de mentalidad criolla, no de ideología. Como siempre sucede cuando tratamos de conceptos provenientes de las ciencias sociales, hay en el caso de mentalidad y de ideología una supuesta sinonimia que debe ser aclarada.

Ideología es uno de los conceptos más importantes en el lenguaje de historiadores y teóricos sociales, a pesar de su ambigüedad y de la controversia que por lo general suele provocar (Stuart 1986). A veces se superponen. Sin embargo, la mentalidad se refiere más bien a actitudes y modos de ver el mundo prevalentes entre los ciudadanos de a pie. Por eso, asimismo, en ocasiones se considera que mentalidad y lo que se suele llamar carácter nacional, son sinónimos (Profantová 1999). Hay pues una ambigüedad que rodea al término, como lo anotaran en su momento Le Goff & Nora (1985).

Aceptando eso, no se puede negar que el concepto de mentalidad está en el centro de muchos y valiosos trabajos como los de Braudel (1949, 1967), Nora y Le Goff (Nora & Le Goff, 1974) y, en nuestro medio, Flores Galindo (1999), Portocarrero (1998, 2007) y Manrique (1993). No pretendemos, ciertamente, tratar de ellos en detalle, pero sí anotamos que esos estudios demuestran la gran importancia que el concepto de mentalidad tiene hoy en las ciencias sociales y en la comprensión de *lo que ocurre* y *de lo que no ocurre* en la vida cotidiana.

No es necesario leer mucho acerca de la historia, la antropología y la sociología del Perú para encontrarse con el término *criollo*, que casi siempre está referido a



Lima, pero que también se aplica a todo el ámbito de la Costa de nuestro país, que siempre ha sido la región natural del Perú que más abierta ha estado al mundo y de la cual han provenido la mayoría de gobernantes a lo largo de su historia. Así, por ejemplo, José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete era limeño, como también lo fueron Manuel Pardo, Manuel Candamo y Oscar R. Benavides; Castilla nació en Tarapacá cuando ésta formaba parte del territorio peruano, así como Billinghamurst nació en Arica; Leguía era lambayecano y Velasco era piurano.

Difícil definir lo que es criollo de una manera precisa. Se puede afirmar que en el Perú hay una oposición entre lo criollo y lo andino, y que, por tanto, lo criollo no es andino. Pero eso no dice mucho, más aún ahora en que la fuerte migración andina ha modificado el paisaje cultural de muchas ciudades costeñas, comenzando por la capital.

Podríamos decir, arriesgando una definición necesariamente incompleta, que lo criollo es todo aquello, en materia de actitudes, conductas, formas de interacción y fiestas que tiene un fuerte componente que se remite hasta la Colonia y que destaca la importancia y el significado de la Costa. Aliaga Tejeda (2012, p. 60) lo describe así:

Lo criollo, es evidente, fundido con la limeñidad, es incluso cantado y saboreado, su médula gozosa lo aleja del cálculo y lo aproxima a la sensualidad y la espontaneidad grácil, una astucia cuasi instintiva eminentemente ágil, humorística, desvergonzada y despreocupada que, creemos, se constituye como paradigma referencial de lo costeño y muy en especial de lo capitalino.

Como decimos, la definición es incompleta, pero creemos que toca dos aspectos fundamentales: la importante presencia de componentes hispanos que se remiten a la Colonia y que han quedado como elementos centrales del país: la religión católica, el idioma, el machismo, el individualismo, la preferencia por rituales y conductas ceremoniosas, el respeto a la autoridad.

De otro lado, está la presencia de lo costeño. Fue en la Costa en que se estableció el poder del virreinato, y en ella también donde se asentaron los esclavos negros llegados posteriormente, así como los migrantes chinos y de otras nacionalidades, que en un proceso de integración a través de matrimonios, matizaron la influencia española dándole un perfil muy particular, que se expresa en las comidas, en los bailes, en una

«Difícil definir lo que es criollo de una manera precisa. Se puede afirmar que en el Perú hay una oposición entre lo criollo y lo andino, y que, por tanto, lo criollo no es andino. Pero eso no dice mucho, más aún ahora en que la fuerte migración andina ha modificado el paisaje cultural de muchas ciudades costeñas, comenzando por la capital.»

interacción “entre iguales” en apariencia fluida, pero en la cual la espontaneidad y la precaución van una de la mano de la otra.

Desaparecida la Colonia y establecida la República no se produjo entre nosotros una revolución de ideas ni un cambio sustantivo de personajes protagónicos. De hecho, solo hubo el paso del poder de los españoles a los criollos, muchos de los cuales habían sido antes fieles servidores del ejército realista. De allí que, para decirlo en pocas palabras, la mentalidad criolla desarrollada durante el virreinato continuara, como ha sido el caso en buena medida hasta nuestros días.

Toda ideología, toda mentalidad tiene un *ordo amoris*, una escala de valores. Esto es, ambas promueven un conjunto de actitudes y conductas que se nutren de las suposiciones centrales de cada ideología y de la mentalidad. La mentalidad criolla no es la excepción. Pero asimismo toda mentalidad y toda ideología rechazan (o no promueven, para decirlo de una forma menos radical) ciertas actitudes y conductas. Eso también se puede reconocer en la mentalidad criolla.

En la tabla nro. 1 presentamos los que consideramos aspectos positivos y negativos de la mentalidad criolla.

**Tabla N° 1:**  
**Lo bueno y lo malo de la mentalidad criolla**

| LO BUENO  | LO MALO  |
|---|--|
| Respeto (en muchos casos, verdadero culto) a las tradiciones, especialmente aquellas que tienen raigambre hispana.  | Conservadurismo (machismo, clasismo, racismo), fatalismo, desdén y actitudes discriminatorias o suspicaces hacia el mundo andino           |
| Respeto a las formas y a las leyes, expresado muchas veces con lenguaje emotivo y sin concesiones, pero que no siempre se expresa en el comportamiento cotidiano. | “Mantener apariencias”, legalismo, búsqueda de recovecos legales. Oportunismo.   |
| Defensa de la familia (que, sin embargo, no supone necesariamente fidelidad conyugal, ni responsabilidad con respecto al cónyuge o a los hijos).                  | Nepotismo, rechazo de la meritocracia, amiguismo.  |
| Defensa de la religión católica   | Religiosidad epidérmica (no siempre garante de moralidad y de respeto a las normas éticas)   |
| Búsqueda del goce, disfrute de la vida social, cultivo de las relaciones sociales, habilidades sociales   | Frivolidad, sibaritismo, búsqueda sistemática de “contactos” para beneficios personales. Excesos en la bebida y en la comida               |
| Capacidad de expresión oral con propensión a frases grandilocuentes y a eufemismos  | “Frasas hechas” y muchas veces huecas, verbosidad, “floro”, proclividad al histrionismo  |
| Patriotismo   | Antichilenismo/ rechazo del mundo andino y sus valores   |
| Capacidad para reaccionar ante situaciones imprevistas (“reflejos”)   | Improvisación, escasa planificación, “viveza”, “así nomás”   |
| Consideración de situaciones personales, caso por caso, persona por persona   | Poco respeto a la ley, vista no como una norma ciega o impersonal, sino como algo que se puede manipular (“hecha la ley, hecha la trampa”) |
| Individualismo  | Ausencia de emprendedurismo, ausencia de solidaridad con quienes “no son igual que uno”  |
| Búsqueda de ascenso social  | Todo vale: “contactos”, “padrinos”, “vara”. Ostentación  |
| Respeto a las mujeres (con especial defensa de la honra de la madre, la esposa, las hermanas y las hijas) y a los ancianos,                                       | El resto de las mujeres pueden ser vistas como potenciales objetos sexuales, con escasas consideraciones morales o sociales.               |

Elaborado por el autor

Como podemos ver, la mentalidad criolla no comprende solo aspectos negativos como la *criollada*. Podemos encontrar también aspectos positivos, tanto que los peruanos los consideramos verdaderas virtudes y los promovemos en la vida diaria. Así, por ejemplo, el difundido reconocimiento de la religión católica como un elemento central de la sociedad peruana.

No puede dejar de mencionarse asimismo la capacidad para reaccionar a situaciones imprevistas, lo que en el Perú se conoce como “tener reflejos” y, en otros casos, como “tener calle”. Ya tan solo la difícil geografía de nuestro país, con los Andes en la Sierra y una Costa predominantemente desértica, y con la presencia de diferentes zonas climáticas exigen estar alerta a cualquier problema y tener la capacidad para reaccionar

lo más pronta y efectivamente posible, a pesar de la carencia de recursos y de la ausencia de servicios de apoyo, tal como se puede verificar por ejemplo en largos tramos de la Carretera Panamericana Norte que discurren en medio de zonas totalmente desérticas.

Pero, por supuesto, “tener reflejos” y “tener calle” no hacen referencia a problemas climatológicos o a situaciones desafiantes propias de nuestra complicada geografía. Cuando hacemos referencia a los “reflejos” y a la “calle”, estamos refiriéndonos más bien a la actitud de permanente alerta con respecto a la posibilidad de ser víctima de una *criollada* de parte de otro, tanto o más criollo que nosotros. Supone asimismo, especialmente la referencia a los reflejos, la posibilidad de percibir de manera inmediata la posibilidad de algún tipo de



ganancia aún en situaciones en las que la necesidad de una conducta solidaria aparece como la primera demanda en la conciencia de cualquiera.

Sobre el particular queremos transcribir lo que señala Aliaga Tejeda:

Tener calle” en este sentido, tiene una fuerte carga preventiva que implica comprender que afuera saben hacerla, es decir, saben engañar, saben salirse con la suya y por ende, se debe evitar pecar de ingenuidad e indefensión. “Tener calle” implica el reconocimiento de que el espacio público, el afuera, se regenta por una cierta dinámica normativa que no se enseña en el espacio privado pero además, que la dinámica que en ella impera tampoco es la predominante en los espacios de interacción social “formales”: escuelas, universidades, empresas, etc. La calle es el espacio público por excelencia y va reformulando permanentemente sus axiomas, recreando sus dinámicas, planteando su propia normatividad ajena y especial. En este ámbito, la ‘criollada’, la viveza, el oportunismo, la capacidad de negociación, el tener cintura, etc., configuran esa lógica maestra, ley de la calle, que manda “saber hacerla” pero además “no dejársela hacer (2012, pp. 23-24)

Otro elemento positivo es el cultivo de la vida familiar, especialmente los días domingos, en que la familia extensa se reúne en la casa de la mamá, de la abuela, o de algún familiar, para degustar platos preparados con mucho cuidado por la anfitriona, tras los cuales se disfruta de una extensa sobremesa. En esas reuniones se habla de todo, de lo celestial, lo terrenal e infernal, se acuerdan negocios, y se pasa revista (a veces en tono ameno) al acontecer político nacional.

Pero el cultivo de la vida familiar, en principio absolutamente positivo, no impide que muchos de quienes lo ejercen no tengan además aventuras extramatrimoniales que son consideradas casi como normales “porque los hombres son así”.

El respeto a las tradiciones es asimismo un rasgo que muchos consideran como positivo. Las tradiciones, la permanencia de ellas y el respeto a las mismas, son un elemento importante en la identidad de los pueblos. Pero las tradiciones, en el caso de la mentalidad criolla, se convierten en elementos estáticos, que impiden la posibilidad del progreso social. Un elemento que es fácil de reconocer en el inmovilismo de nuestras tradiciones tiene que ver con el temor “al qué dirán”, tal vez uno de los más difundidos entre los peruanos.

Los psicólogos pueden explicar ese temor en base al fenómeno que ellos denominan conformidad social, que ha sido estudiado a través de experimentos como los de Ash (1956). Sin embargo, lo que ocurre en la sociedad peruana es probablemente el conformismo.

Un rasgo muy marcado de la mentalidad criolla es la sociabilidad unida a la oralidad. Parece casi un contrasentido imaginarse un criollo solitario, introvertido, y mucho menos, poco expresivo. Muy por el contrario, el típico criollo es el “alma de la fiesta”, es decir aquel que “mueve el ambiente”, que hace que todos los circunstantes “sintonicen” en la misma atmósfera de disfrute y de alegría que deberá extenderse el mayor tiempo posible.

Si bien es verdad que muchos estudiosos de lo que llamaremos la peruanidad han destacado la naturaleza proclive a la melancolía de los vales peruanos (Zapata, 1969), en los que además del fatalismo y la discriminación ocupan un lugar importante, de todos modos la expresión, la comunicación, la necesidad de dar a conocer lo que se vive y lo que se siente está presente.

Esa sociabilidad encuentra una de sus expresiones más caracterizadas en la *jarana*. No toda reunión por amena que sea califica como tal; tampoco toda fiesta. Una jarana puede ser definida como una reunión, muchas veces multitudinaria, en la cual el baile, la diversión, la bebida, la conversación animada y la comida crean un ambiente de exaltación y desenfreno que no toma en cuenta el tiempo, el día siguiente, ni las consecuencias anímicas, corporales y hasta económicas de los que están inmersos en ella. En la jarana se disfruta del momento. El futuro, el inmediato como el lejano, no importan mucho.

Una conversación por amena que sea y por vivaces que sean sus participantes, no califica como jarana. Tampoco califica como tal una comida por abundante y excelente que sea. En una jarana la diversión se manifiesta en todo su esplendor, y no puede faltar el baile, especialmente de música criolla. El ambiente festivo y el contrapunto de habilidades verbales y de despliegue de habilidades sociales, de baile o de maestría en la guitarra o el cajón, hacen de la jarana algo que queda en la memoria de quienes asistieron, que la recordarán, la comentarán y probablemente tratarán de repetirla.

En la jarana los criollos se encuentran en su ambiente, especialmente los de la guardia vieja o los cultores de





ella. La rapidez de los movimientos y la armonía de los pasos y requiebros propios en concordancia con los de la pareja de baile, va unida a una espontaneidad en la cual destacan la picardía, la agilidad mental, la capacidad para crear frases ingeniosas que muchas veces sin embargo tienen un doble sentido.

En torno a la jarana encontramos una atmósfera especial: Los preparativos por parte de los anfitriones, las expectativas de los invitados, el recibimiento de ellos con abrazos, besos y frases elogiosas y hasta zalameras, el inicio mismo de la reunión en la cual los dueños de casa “dan el tono”.

Pero aquí nos interesan más los rasgos negativos de la mentalidad criolla, es decir las *criolladas*.

Comencemos con una breve definición de lo que es una *criollada*, y para ello transcribamos la definición propuesta por Martucelli (2010, p. 238): “un conjunto de prácticas que son formas huidizas de relación, que hacen los intercambios imprevisibles o difíciles de interpretar, capaces de asociar estafa y el no respeto de los compromisos con una gran cordialidad interactiva”.

Con relativa frecuencia es posible observar que la defensa ardorosa de principios y normas o declaraciones apasionadas con respecto a determinados valores son abandonadas y remplazadas por conductas y afirmaciones que están en crasa contraposición a lo anterior. Algo así como “Vidaurre contra Vidaurre”. Por ello, no sorprende que, por ejemplo, en el plano de la política quienes hasta ayer atacaban a un régimen poco tiempo después aparezcan formando parte del mismo, sin que de por medio se haya visto un proceso reflexivo que justifique ese cambio o sin que, por lo menos, las personas hayan elaborado alguna forma de justificarlo.

Pero hay también otros actos y comportamientos de menor importancia, pero así mismo muy frecuentes. Por ejemplo, su audacia por momentos rayana en la desvergüenza: “el limeño, hasta la primera mitad del siglo XX, era sinónimo de hombre ingenioso, palabreador y audaz”, anota Reyes Tarazona (2006, p. 127).

Más allá de la aparente espontaneidad que rige las reuniones de los criollos, hay reglas no escritas que tienen plena vigencia. En muchas reuniones se produce una verdadera confrontación verbal en la cual los oponentes despliegan su verbosidad por medio de

frases ingeniosas, afirmaciones ambiguas, expresiones con doble sentido y agresiones veladas que deben ser debidamente captadas y respondidas por el oponente de la misma manera para regocijo y solaz de quienes siguen ese duelo verbal que pretende poner a prueba la ingeniosidad de cada cual. Nadie debe perder la compostura, pues “el que se pica pierde”.

El machismo encuentra también un espacio de expresión en la mentalidad criolla. Más allá del proclamado respeto a la mujer, se puede reconocer con facilidad un machismo soterrado que se expresa en actitudes y frases que aluden a la sexualidad femenina, a la condición de superioridad del hombre y también al respeto de los valores propios de un sentido marcado del honor y de la apreciación de “conductas decentes”. Una expresión que expresa esto entre criollos de cierta edad es pedir permiso al esposo para poder invitar a bailar una pieza a la esposa.

Es asimismo notoria la homofobia, que, en algunos casos, llega a justificar plenamente el maltrato de los gays. El amiguismo, la compadrería y el padrinzago son también expresiones negativas de la mentalidad criolla.

Se ha dicho que la pervivencia de la mentalidad criolla es uno de los grandes obstáculos del desarrollo social. La manipulación o segunda o tercera interpretación de las leyes, el ver crasos delitos como “errores”, el no aceptar responsabilidades que son evidentes, el preferir al amigo o al “ahijado” en la adjudicación de puestos públicos en lugar de guiarse por claros criterios de méritos: todo eso, que es realidad evidente en el Perú de hoy, como lo ha sido también en el pasado, atenta contra una sociedad en la que todos tengan iguales derechos, iguales oportunidades e iguales deberes.

Ubilluz es bastante explícito cuando escribe:

Por el término sujeto criollo no nos referimos a los peruanos en general ni a ningún grupo social en específico sino a una estructura psíquica que se distancia de las metas colectivas del Otro para gozar de la transgresión individualista. En otras palabras, el sujeto criollo es el cínico-canalla que al no dejarse engañar por el Otro, se aliena —es engañado por— el sistema existente (2006, p. 55).

Todos los días podemos reconocer expresiones de la mentalidad criolla en sus aspectos más negativos. En la tabla nro. 2 presentamos algunas de ellas:



**Tabla 2. Algunas de nuestras más frecuentes criolladas.**

- Estacionar el auto en zonas rígidas y sacarle las placas para que no se le pueda aplicar una multa (ver: <https://peru21.pe/lima/colmo-policias-sacan-placas-autos-recibir-papeletas-123510>)
- Publicar leyes “entre gallos y medianoche” (ver: <https://www.forosperu.net/temas/humala-condecora-entre-gallos-y-medianoche-a-raul-castro-ruz.887959/>)
- Tomar al extranjero por tonto, y burlarse de él (embriagarlo y hacerlo objeto del ridículo), o estafarlo
- No respetar una cola
- Fingir ser limitado físico para estacionarse con el carro en una zona reservada a verdaderos limitados físicos
- Aprovechar el paso preferencial de una ambulancia o de los bomberos para pasarse la luz roja
- Llegar tarde a una reunión
- Recurrir al legalismo y leguleyadas para no abandonar una casa alquilada a pesar de no pagar la renta acordada desde varios meses atrás, o para llevar a cabo alguna acción (ver: <http://www.ipe.org.pe/comentario-diario/22-12-2010/tope-sueldos-p%C3%BABlicos-leguleyada-hip%C3%B3crita-y-electorera>).
- “Jalar la electricidad”
- No pagar los gastos correspondientes en un condominio
- “Hecha la ley, hecha la trampa” (ver “Hecha la ley, hecha la trampa”, de Gonzalo Portocarrero, *El Comercio*, edición del 97 de junio del 2017; <https://elcomercio.pe/opinion/columnistas/hecha-ley-hecha-trampa-gonzalo-portocarrero-432463>).
- Pagar con billetes y monedas falsos que uno ha recibido y que sabe que son falsas;
- Calificar de error a lo que es un delito (algo que no solo hacen los ciudadanos sin formación legal, sino inclusive los propios abogados)
- Coimear al policía
- No pagar el pasaje en los transportes públicos
- No entregar facturas o boletas allí donde se debe hacerlo
- Ofrecer algo que se sabe que es imposible cumplir (“el gas a doce soles”)
- No pagar los arbitrios municipales y esperar a una amnistía tributaria.

Elaborado por el autor

Ejemplos concretos de estos y otros casos abundan. Un ministro durante el segundo gobierno de Alán García, siendo presidente de EsSalud, se hizo despedir antes de asumir el ministerio para cobrar una cuantiosa indemnización. Todos los días hay denuncias de pequeñas y grandes coimas: desde el chofer que es pescado en falta y que intenta evadir las multas y consecuencias legales en base a una coima, hasta reconocidos empresarios que evaden impuestos y que, tras una serie de delitos, son condenados a la cárcel

pero se fugan, hasta juristas reconocidos involucrados en hechos de corrupción como los que protagoniza en estos días la ya infamemente célebre empresa Odebrecht.

Dos casos aún más graves son los de dos personajes que fueron elegidos por votación Miembros del Consejo Nacional de la Magistratura pero perdieron sus cargos por destitución debido a una serie de actos irregulares y hasta abiertos delitos. El caso de uno de ellos es particularmente llamativo, porque la primera vez que llegó al Consejo fue como representante del Colegio de Enfermeros del Perú, pero cuando su periodo llegó a su fin, intentó postular nuevamente al cargo de consejero, esta vez como representante del Colegio de Abogados del Perú.

En el segundo caso se trata de alguien que, elegido por el Colegio de Psicólogos del Perú llegó a juramentar como miembro del Consejo aceptado por la mayoría de sus integrantes, quienes sin embargo, muy poco después, no tuvieron mayores reparos en destituirlo ante el temor de perder ellos sus cargos ante la lluvia de denuncias de escándalos en los que el personaje en cuestión se encontraba involucrado.

Cuando la magnitud de las fechorías alcanza marcas mayores, la población se indigna y los medios de comunicación les dan amplia cobertura. Pero cuando se trata de fechorías menores sucede precisamente lo contrario: se los considera como una expresión de la viveza del peruano, de su capacidad para eludir problemas, y en ocasiones hasta se los proclama como conductas apropiadas.

Así, el colocar información falsa o severamente distorsionada en el *curriculum vitae* con el propósito de tener alguna ventaja sobre los competidores es una práctica mil veces detectada, inclusive entre postulantes a puestos de gran significado en la estructura estatal del país.

La relativización de lo delictivo o de las faltas para transformarlas, de manera retorcida, en manifestaciones de “inteligencia”, o para convertirlas en errores, da lugar a una sensación de profundo malestar y de afán vindicativo, pues no puede ser que “aquí en San Isidro eso que la Corte Suprema califica como asesinatos y robos, le llamamos excesos y errores” (Vergara, 2017). En una sociedad así, las leyes, las normas, la existencia misma del estado, pierden mucho de su fuerza (Meléndez, 2017).



Se trata, como puede verse, de un problema muy grave que siembra la desconfianza ciudadana. Sobre el particular muy poco se ha hecho.

Resulta difícil combatir la mentalidad criolla como resulta igualmente difícil definir lo que se entiende en el Perú por viveza. Podríamos ensayar una definición señalando que la viveza es el estado de permanente alerta en que se encuentran “los vivos” a fin de encontrar una oportunidad o inclusive crearla, que les permita ahorrarse los esfuerzos propios de toda persona que desea conseguir algo de modo correcto y siguiendo los reglas, así como de obtener el máximo de provecho en una situación, entendiendo por esto márgenes de ganancia o márgenes de ahorro.

Los “vivos” se caracterizan precisamente por eso: por un permanente estado de alerta y por una forma de empatía negativa que les permite reconocer con intuición muchas veces certera las debilidades, las limitaciones pero también la honradez y la decencia de los otros, que se convierten a los ojos de ellos en excelentes detonantes para el desarrollo de conductas en las que “la viveza” se pondrá de manifiesto.

Cómo es que ella se manifiesta depende ya de las dotaciones neuronales de los vivos. Los hay que proceden de modo torpe y abiertamente inescrupuloso, pero también los hay que actúan con sigilo y llevan a cabo una serie de comportamientos sutiles que engañan a los otros, quienes solo pasado un tiempo se dan cuenta de la real esencia de la conducta de quienes han actuado con viveza.

### Las criolladas en la historia del Perú

Arriesgando una exageración podríamos decir que en buena medida la historia del Perú es una historia de nuestras criolladas, que han llevado a la serie casi ininterrumpida de escándalos que podemos registrar a lo largo de todo el tiempo.

La primera criollada en la historia del Perú republicano fue precisamente el pacto que hicieron los criollos de fundar y mantener una república en la cual los indígenas no tenían espacio ni representación, ni posibilidades de ser escuchados y de tomar decisiones. La independencia del Perú del poder español no significó un cambio de mentalidad, el remplazo de una elite dirigente por otra y la fundación de una nueva nación sino la continuación de lo que veníamos viviendo desde los inicios de la Conquista solo con la presencia de nuevos protagonistas, muchos de los cuales

sin embargo habían defendido a la Corona Española durante los años de la guerra de la independencia.

De allí en adelante, y a fin de no abundar en detalles, la historia de nuestro país es una historia de criolladas, que asumen diferentes formas: actos de corrupción, de desconocimiento de deberes y de promesas, de huidas vergonzosas, de ausencia de vergüenza.

La siguiente tabla presenta algunas (no todas, ciertamente) de las más comentadas criolladas en la historia de nuestro país.

**Tabla 3: Algunas de las grandes criolladas en el Perú**

- |  |
|--|
| <ul style="list-style-type: none"> <li>- El pedido de Francisco Pizarro de un rescate por la vida de Atahualpa y, recibido el mismo, proceder al ajusticiamiento del Inca</li> <li>- La consolidación de la deuda interna durante el gobierno de José Rufino Echenique</li> <li>- La huida de Mariano Ignacio Prado en el inicio de la Guerra con Chile</li> <li>- El comportamiento de Nicolás de Piérola frente a la proximidad del ingreso de tropas chilenas a Lima</li> <li>- El desconocimiento de la elección de José Luis Eguiguren como presidente del Perú en las elecciones del año 1936 por parte de Oscar R. Benavides</li> <li>- La elección de Manuel A. Odría como presidente del Perú en las elecciones de 1950 en calidad de candidato único</li> <li>- El pacto del aprismo con el odriismo durante el gobierno de Fernando Belaúnde Terry entre 1963 y 1968</li> <li>- La expropiación de los diarios en 1974 por parte de la dictadura militar</li> <li>- La asunción del cargo de director del expropiado diario El Comercio por parte de Héctor Cornejo Chávez, que hasta entonces había sido promovido y defendido precisamente por los dueños del expropiado diario, la familia Miró Quesada</li> <li>- La asunción del cargo de director del diario <i>La Prensa</i> por parte del filósofo Walter Peñaloza Ramella, que antes había servido a diversos gobiernos</li> <li>- El transfuguismo en los años del régimen de Fujimori</li> </ul> |
|--|

Elaborado por el autor

### ¿Cuál es el problema con los aspectos negativos de la mentalidad criolla?

Esa es la pregunta final: ¿cuál es el problema con los aspectos negativos de la mentalidad criolla? Estamos tan acostumbrados los peruanos a ella que muchas veces las consideramos conductas normales o aun las celebramos como una expresión de nuestra consabida y tradicional viveza.



Resulta, sin embargo, que en el mundo moderno la viveza tiene muy poco espacio. Los espacios para lo que podríamos llamar viveza, entendida en sus mejores expresiones (es decir, con una inteligencia que obtiene resultados positivos en medio de una situación de carencia o de marcadas limitaciones) los encontramos en el arte y en la ciencia, en las cuales experimenta una transformación sustantiva y se convierte en espontaneidad, originalidad, intuición y creatividad. Muchos de los grandes logros tecnológicos provienen de la originalidad y de la intuición y de la creatividad. Japón, tras la Segunda Guerra Mundial, totalmente derrotado y en medio de una postración económica absoluta, inició el lento proceso que ha hecho de él una de las naciones más importantes del mundo, a través del procedimiento de ingeniería inversa: conseguir algo y ver cómo ha sido hecho para hacerlo mejor, con menor costo y más efectividad.

Eso no ocurre en el Perú. Portocarrero escribe que:

Una sociedad donde hay más gente dispuesta a transgredir que a cumplir la ley es una colectividad llamada al desorden y al conflicto. Al predominio del pesimismo, de una mentalidad derrotista sobre el futuro del país, una actitud que lleva a pensar que lo sensato es preocuparse solo de sí mismo y tratar de ganar como sea (2017, par. 10).

En efecto: la transgresión se ha vuelto la norma en el Perú de hoy, en el cual la criollada, que muchas veces es en realidad un delito o un falta grave, es considerada como algo normal, hasta justificable, “dadas las circunstancias”, como muchas veces se dice.

Y es que

No hemos aprendido aún a lograr el equilibrio entre demandas sociales e individuales sin acudir al mutuo avasallamiento. El pacto ciudadano equivale a un compromiso de madurez y equidad, por tanto, de autocontrol por parte de los sujetos moralmente autónomos. Esto implica comprender que hay una buena dosis de deseos individuales que habrá que reprimir o posponer, si es que queremos gozar de las ventajas de la comunidad política –la solidaridad y el reconocimiento afirmativo de nuestra identidad– en vez de solo competencia, antagonismo y menosprecio. A falta de esta madurez moral, carecemos de buena salud cívica (Añi Montoya, 2015, par. 6 [11]).

Añi Montoya (2015) hace referencia a ese autocontrol necesario para la convivencia y que los peruanos lamentablemente no hemos conseguido desarrollar a lo largo de nuestra historia. El autocontrol no es temor ni



**Figura 2.** En torno al Señor de los Milagros encontramos una serie de acontecimientos de mucho significado para los limeños y para los criollos. (Fuente: <https://www.hsmn.pe/historia.html>)

timidez, no es cobardía ni sentimiento de inferioridad, como a veces se los suele presentar, sino el proceso de autorregulación que caracteriza a toda persona madura y que es algo indispensable en todo aquel que vive en sociedad.

Ni el respeto a las normas ni el autocontrol han sido internalizados por muchos peruanos. Eso es lo que hace profundamente negativa a la mentalidad criolla en nuestro país, “porque no son los pícaros audaces y simpatiquísimos que actúan como si estuvieran más allá del bien y del mal los que labran la grandeza de las naciones, sino esos aburridos personajes que conocen sus límites, diferencian lo que se debe y puede hacer de lo que no y son tan poco imaginativos que viven siempre dentro de la ley” (Vargas Llosa, 1991).

## Referencias bibliográficas

- Aliaga Tejeda, H. (2012). *Nuevas subjetividades transgresivas: un estudio sobre la viveza postcriolla*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, tesis para optar el grado de magister en sociología [[http://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/bitstream/handle/123456789/4972/ALIAGA\\_TEJEDA\\_HERNAN\\_NUEVAS.pdf?sequence=1](http://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/bitstream/handle/123456789/4972/ALIAGA_TEJEDA_HERNAN_NUEVAS.pdf?sequence=1)].
- Añi Montoya, A. C. L. (2015). Philonomía y paranomía: Reflexiones de ética cívica desde la filosofía griega. *Pólemos. Portal Jurídico Interdisciplinario*. <https://polemos.pe/philonomia-y-paranomia-reflexiones-de-etica-civica-desde-la-filosofia/>
- Ash, S. (1956). Studies of independence and conformity: I. A minority of one against a unanimous majority. *Psychological Monographs*, 70, 1–70.

- Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Berti, D. (2016). *10 dilemmi morali. Un'introduzione all'etica per problema*. Tricase: Youcanprint Self-Publishing.
- Braudel, F. (1949). *La Méditerranée et Le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*. París: Armand Colin.
- Braudel, F. (1967). *Civilisation matérielle et capitalisme (XVe-XVIIIe siècles)*. París: Armand Colin, vol. 1.
- Caceres Alvarez, L. (2017). *La Catedral del Criollismo*. Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.
- Ciocca, P. (2000). *La economía mundial en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Cisneros, R. (2017). Fallas de origen. Una reflexión acerca de la utopía del reconcilio peruano. *Somos*, XXXI, nro. 1621, edición del 30 de diciembre, p. 18.
- Courban, A. (2006). Bioéthique. En: Lecourt, D., dir., *Dictionnaire d'histoire et philosophie des sciences*, París, Presses Universitaires de France, 137-142.
- Cortina, A. (2015). *¿Para qué sirve realmente... la ética?*. Barcelona: Paidós.
- Flores Galindo, A. (1999). *La tradición autoritaria. Violencia y democracia en el Perú*. Lima: Sur. Casa de Estudios del Socialismo – Asociación Pro-Derechos Humanos, Apropdeh.
- Fukuyama, F. (1998). *Trust: la confianza*. Barcelona: Ediciones B.
- Grenier, H. (2017). *Les grandes doctrines morales*. París: Presses Universitaires de France.
- Höffe, O. (2013). *Ethik. Eine Einführung*. Munich: Beck.
- Le Goff, J. & Nora, P., eds. (1985). *Constructing the past. Essays in historical methodology*. Cambridge: The University Press; París: Editions de la Maison des Sciences de L'Homme.
- Lévi-Strauss, C. (1968). *Lo crudo y lo cocido*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Manrique, N. (1993). *Vinieron los sarracenos. El universo mental de la conquista de América*. Lima: DESCO.
- Mariátegui, J. C. (1926). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Martuccelli, D. (2010). *¿Existen individuos en el Sur?* Santiago de Chile: LOM.
- Meléndez, C. (2017). Nos fuimos todos. *El Comercio*, edición del 30 de diciembre, p. 25.
- Nora, P. & Le Goff, J., dirs. (1997). *Faire l'histoire*. París: Gallimard, 3 vols.
- Patrão Neves, M. C., coord. (2016). *Ética. Dos fundamentos às práticas*. Lisboa: Edições 70.
- Peyrefitte, A. (1996). *La sociedad de la confianza. Ensayo sobre los orígenes y la naturaleza del desarrollo*. Santiago (Chile): Andrés Bello,
- Portocarrero, G. (1998). *Las clases medias. Entre la pretensión y la incertidumbre*. Lima: Sur. Casa de Estudios del Socialismo.
- Portocarrero, G. (2007). *Racismo y mestizaje y otros ensayos*. Lima: Fondo Editorial del Congreso.
- Portocarrero, G. (2017) ¿Hecha la ley, hecha la trampa?. En *El Comercio*. 7 de junio del 2017. <https://elcomercio.pe/opinion/columnistas/hecha-ley-hecha-trampa-gonzalo-portocarrero-432463-noticia/>
- Profantová, Z. (1999). Mentality and historical memory. *Ročník*, 47, 4, 382-387.
- Quiros, C. (1996). La viruela en el Perú y su erradicación. *Revista Peruana de Epidemiología*, 9 (1).
- Reyes Tarazona, R. (2006). Lima: de gran aldea a ciudad moderna. *San Marcos* (UNMSM), nro. 24, nueva época, 115-132.
- Reynoso, O. (1965). *En octubre no hay milagros*. Lima: Wuaman Puma.
- Riesman, D. (1964). *La muchedumbre solitaria. Un estudio sobre la transformación del carácter americano*. Buenos Aires: Paidós.
- Rivero Weber, P. (2015). *Ética. Un curso universitario*. México DF: 2015: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Romo, M. & Castillo, C. (2012). Metodologías de las ciencias sociales aplicadas al estudio de la nutrición. *Revista Chilena de Nutrición*, 29 (1), 14-22.
- Rubín de Celis, V., ed. (2021). *Ética y bioética. Perspectivas*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Russ, J. & Leguil, C. (2015). *La pensée éthique contemporaine*. París: Presses Universitaires de France.
- Stuart, R. S. (1986). Ideology, theory, and mentality: some issues in the historical study of ideology. *Labour History*, 50, 63-71.
- Ubilluz Raygada, J. C. (2006). *Nuevos súbditos. Cinismo y perversión en la sociedad contemporánea*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Valero Juan, E. M. (2003). *Lima en la tradición literaria del Perú. De la leyenda urbana a la disolución del mito*. Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida.
- Vargas Llosa, M. (1991). Las palabras mentirosas. *El País*, 22 de setiembre [https://elpais.com/diario/1991/09/22/opinion/685490403\_850215.html].
- Vergara, A. (2017). El pacto Barbadillo-Choquehuanca. *El Comercio*, edición del 31 de diciembre.
- Zapata, S. (1969). *Psicoanálisis del vals criollo*. Lima.

Recibido el 5 de julio de 2021  
Aceptado el 28 de agosto de 2021